

El “profeta mudo”: Trotsky hoy
Enzo Traverso

La revolución es para él ese momento breve pero cargado de sentido en el que los humildes y los oprimidos tienen finalmente la palabra y, a sus ojos, ese momento compensa siglos de opresión.
Isaac Deutscher, El profeta desterrado.

Siguiendo los pasos de Isaac Deutscher, una abundante literatura sobre la Revolución Rusa nos ha acostumbrado a ver a Trotsky como un profeta primeramente «armado», después «desarmado» y por último «exiliado» /1.

A fines de los años veinte, la figura del revolucionario ruso ya había inspirado una novela del gran escritor austriaco Joseph Roth, quien presentaba a su héroe como una especie de «profeta mudo» /2. Esta definición parece describir bien el destino paradójico de Trotsky en este final del siglo XX marcado por la sepultura definitiva del estalinismo al cabo de su larga declinación. El derrumbe del sistema soviético parece arrastrar consigo a Marx, Lenin y a un trozo no despreciable de la historia del movimiento obrero: el fin del «socialismo real» es percibido como el fin de la idea misma de comunismo. La paradoja consiste en que, al derrumbarse, la dominación burocrática tiende también a sumergir a los que siempre la combatieron y fueron sus primeras víctimas. La muerte del estalinismo no es seguida por la resurrección de Trotsky sino más bien por el desencanto -en el sentido weberiano- por la idea de socialismo. Ante un paisaje lleno de escombros, la obra de Trotsky, que en el seno del campo marxista fue el primero y el más penetrante de los críticos del «socialismo real», parece olvidada o todavía debe ser descubierta.

En el fondo, no hay ningún azar en el destino paradójico de este «profeta mudo». Como subrayó Boris Kagarlitsky, durante mucho tiempo Trotsky ha representado «la alternativa socialista, democrática e internacionalista» al estalinismo, mientras que Soljenitsin encarnaba «la posición autoritaria, patriarcal y nacional» /3. Ahora bien, el fin de la URSS, por lo menos hasta ahora, no dejó lugar al enfrentamiento entre esas dos alternativas; más bien engendró un proceso lento y tormentoso de transición hacia el liberalismo y la «economía de mercado» -el capitalismo- que inevitablemente marginó tanto a Soljenitsin como a Trotsky. La evolución reciente de la sociedad rusa no ha mejorado las cosas: si el nacionalismo y la xenofobia ciertamente progresaron, la izquierda marxista, por su parte, aparece cada vez más débil y desorientada. Con excepción de los historiadores y de sus discípulos, el dirigente de la Revolución de Octubre parece, pues, condenado, en lo que respecta a la mayoría, al silencio. Ocupa un lugar de honor entre los vencidos de la historia, entre los cuales se esconden, en los periodos tristes y grises como el nuestro, la utopía y la esperanza de un mundo más libre y más humano. De cierto modo prosigue, *post mortem* su camino de herético y de exiliado. Precisamente eso hace de él una figura fascinadora para quienes, sin preocuparse por el conformismo imperante o por el contrario, decididos a resistir la atmósfera de su época, se obstinan, siguiendo el ejemplo de Benjamín, en «cepillar la historia a contrapelo». Visto desde este ángulo Trotsky sigue siendo en la historia del siglo XX un protagonista único e irremplazable cuya grandeza, lejos de reducirse al papel central desempeñado en la Revolución Rusa, brilla sobre todo en los largos periodos de su exilio cuando, perseguido, combatía en un aislamiento casi total.

Un vistazo rápido a su biografía nos muestra en efecto que, en sus cuarenta y tres años de actividad revolucionaria, no ejerció el poder sino durante un periodo bastante breve: cinco años, entre octubre de 1917 y fines de 1923. Con excepción del levantamiento obrero de 1905, que vivió en San Petersburgo en calidad de presidente

del Soviet, y de los cuatro años que precedieron su expulsión, en 1927, de un partido bolchevique irremediadamente estalinizado, toda su vida adulta estuvo bajo el signo de su colocación fuera de la ley y está jalonada por largos periodos de prisión, de deportación y de exilio. Conoció la deportación hacia Siberia durante el régimen zarista y la residencia forzada en Alma Ata, capital del Turquestán, bajo el estalinismo, Odessa, Zurich, Londres, Paris, San Petersburgo, Viena, Nueva York, Moscú, Estambul, nuevamente París, después Oslo y por último México: esas ciudades marcan las etapas de la vida de Trotsky, ciudadano del mundo, intelectual «extraterritorial» y verdadero *Judío Errante* de la revolución- «El hecho de haber vivido en diferentes países y de haber conocido sus lenguas, política y cultura -escribe en su autobiografía me ayudó a absorber el internacionalismo en la carne y la sangre» /4.

En el exilio escribió sus obras literarias, teóricas e históricas más importantes, desde *Balance y perspectivas* (1906) hasta *Mi vida* (0 929), y los dos tomos de *Historia de la Revolución Rusa* (1930-1932) *La revolución traicionada* (1936).

Nacido en 1879 en una aldea ucraniana y asesinado en México en 1940, con un pico de alpinista, por un agente estalinista, vivió en el exilio el estallido de la Primera Guerra Mundial y la disolución del viejo orden europeo, el ascenso de Hitler al poder y la guerra civil española, los procesos de Moscú y la sangrienta contrarrevolución estalinista el Frente Popular en Francia y la guerra chino-japonesa, el pacto germano-soviético y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Nacido en un imperio absolutista y semifeudal declinante, fue uno de los protagonistas principales de la primera revolución socialista de la historia y pudo ver, poco antes de morir los rasgos terroríficos de la barbarie tecnológica del siglo XX. La atmósfera de su época perturbada y el nomadismo de su vida excepcional se reflejan en sus escritos, en los cuales pasa cincuenta años de historia por el tamiz de un pensamiento, una cultura y una sensibilidad literaria profundas /5. A menudo comparado con Michelet o con Carlyle, componía sus libros como obras de arte, en la que el esfuerzo analítico y el espíritu creativo extraen sus materiales de una experiencia de vida extraordinariamente rica.

Trotsky, el marxismo ruso y el populismo

En 1883, dos años después del atentado contra el Zar Alejandro II por los terroristas de la *Narodnia Volia*, un núcleo de intelectuales surgidos del movimiento populista - Jorge Plejanov, Pavel Axelrod y Vera Zasúlich- fundaban en Ginebra el Grupo Emancipación del Trabajo, la primera organización marxista rusa. Profundamente marcada por la personalidad de Plejanov esa comente trataba de identidad contra la tradición de pensamiento eslavófilo que oponía el desarrollo social del Imperio ruso al de la Europa occidental. Para los populistas, Rusia habría podido llegar al socialismo «saltando» la fase capitalista. Ellos creían haber encontrado la palanca de regeneración social de la nación en la *obscina* una forma de producción colectivista todavía ampliamente difundida en el campo. Según ellos, el terrorismo podía estimular una revolución campesina que, una vez derribado el zarismo, habría instaurado en Rusia un modelo nuevo y original de socialismo agrario.

En sus revistas publicadas en el exilio, los marxistas invertían completamente esta perspectiva. Ellos consideraban que el capitalismo era un destino ineludible del cual Rusia no habría podido escapar, por consiguiente debía prepararse a recorrer todo el calvario ya conocido por Europa Occidental. El camino estaba ya despejado, desde 1861, por la supresión del sistema de servidumbre que iniciaba la disolución de las comunidades rurales tradicionales. Por último, contra el subjetivismo político de los Narodniki (a menudo calificado, un poco esquemáticamente de «blanquistas», los marxistas se orientaban sin vacilar hacia la movilización de la clase obrera. Ellos observaban cm0 maduraban las condiciones socioeconómicas para una revolución burguesa que habría impuesto un régimen liberal, favorecido el desarrollo del

capitalismo y preparado, en una segunda fase, el advenimiento del socialismo. Esas posiciones tenían muy poco que ver con Marx que, en el fondo, compartía las teorías populistas sobre la posibilidad de una transición de la *obscina* al comunismo, ahorrándose las «peripecias terribles» del sistema de producción capitalista /6.

Nacido en polémica contra el «subjetivismo» de los populistas y expuesto a la influencia de Kautsky en la socialdemocracia alemana, el marxismo ruso asumía rasgos evolucionistas, mecanicistas y positivistas. En 1894 los escritos de Piotr Struve marcaban el nacimiento del «marxismo legal», que constituía la versión rusa del revisionismo alemán de Eduard Bernstein y anunciaba el paso de una capa significativa de la intelligentsia desde el socialismo hacia el liberalismo... Gracias al «marxismo legal» que llevaba las concepciones de Plejanov hasta sus conclusiones lógicas, el marxismo adoptó en Rusia la forma de una especie de ideología del desarrollo capitalista.

Lenin compartía, sustancialmente, esta visión de un desarrollo endógeno, orgánico y lineal del capitalismo ruso, sus escritos representan sin duda la contribución más rica y profunda en el seno de las coordenadas teóricas fijadas por Plejanov, Struve y Tugan-Baranowsky. En cuanto a Trotsky, en su apéndice al primer tomo de su *Historia de la Revolución Rusa*, criticará esas concepciones oponiendo el núcleo vivo del populismo a los esquemas «dogmáticos» del marxismo ruso original /7. Y es precisamente en relación con esta tradición que el pensamiento y la acción de Trotsky marcan un viraje y una ruptura.

Nacido en 1879, ese joven revolucionario no pertenecía a la misma generación de los fundadores del socialismo ruso en el exilio -los Plejanov y los Axelrod, que habían participado en la experiencia populista- y también era más joven que los primeros dirigentes socialistas activos en el suelo de Rusia, como Lenin y Martov. Entró en el movimiento obrero a comienzos de 1898, en Nikolaviev. Ucrania, donde había participado en la fundación de la Unión Rusa Meridional de los Trabajadores. En el momento de su adhesión al marxismo, la escena social y política rusa estaba marcada por la declinación del populismo el país estaba trastornado por un desarrollo industrial intensivo que permitió la formación del movimiento obrero, con la creación de las primeras organizaciones sindicales y las primeras olas de huelgas. La escena política estaba dominada por una parte por el crepúsculo del zarismo y, por otra, por el fin de la lucha ideológica de los marxistas contra el populismo, lo que engendró nuevas diferenciaciones teóricas en el seno del marxismo mismo, después del desarrollo del revisionismo y de la apropiación de esa corriente de pensamiento por una capa de la burguesía liberal.

Esos elementos condicionaron profundamente la evolución política del joven Trotsky. No se hizo populista, a pesar de una vaga simpatía en 1897, pero su adhesión al marxismo, por el momento y las circunstancias en las cuales se produjo, no implicaba una asimilación acrítica de los esquemas teóricos de Plejanov. Revelador, a este respecto, es el episodio, ampliamente evocado en todas las biografías de revolucionario ruso, de su discurso de Navidad de 1897 en la huerta del populista Chvigoovsky, en Nikolaiev. Testimoniando el estado de espíritu de la juventud intelectual rusa radicalizada al terminar el siglo, reprochaba al marxismo su «sequedad» mientras la vida era rica e intensa /8. Trotsky no se hizo populista pero tampoco estaba ya dispuesto a aceptar los esquemas de un marxismo árido y dogmático, desprovisto de vida y de dimensión humanista.

La posición singular de Trotsky en el seno del marxismo ruso respondía también a otros elementos. Judío su verdadero nombre era Bronstein), hijo de un pequeño kulak, educado en la Ucrania meridional (Ivanovo, Nikolaiev, Odessa), la única región del imperio zarista en la que se había producido cierta asimilación de los judíos, no estaba destinado, a diferencia de los revolucionarios del Yiddishland de Polonia y de Lituania,

a adherirse a una concepción del socialismo que tenía como, eje la cuestión nacional y, más específicamente el problema de la emancipación judía. De este modo su formación fue por cierto diferente de la de Vladimir Medem, Ber Borjov o incluso Julio Martov, cuya toma de conciencia política se desprendía en gran parte de su judeidad, pero tampoco era comparable a la de los «verdaderos» intelectuales rusos como Plejanov o Lenin. En otras palabras, Trotsky correspondía bien a la definición forjada por Isaac Deutscher del judío no judío asimilado pero ajeno al «alma eslava», impregnado de cultura rusa pero orientado hacia Occidente, despreocupado por su «pequeña diferencia» que el ambiente que le rodeaba le recordaba sin cesar /9. Un artículo notable sobre Tolstói, escrito en 1909, expresaba con bastante claridad la ambivalencia de su relación con la tradición rusa: intelectual completamente occidentalizado no podía, sin embargo, permanecer insensible ante las manifestaciones más potentes del «alma eslava» /10.

Al terminar el siglo pasado, la influencia de la cultura occidental sobre Rusia era muy fuerte; ella comenzó a actuar sobre el joven Trotsky ya antes de su exilio en Suiza, Francia y Austria. Entre las obras que más marcaron su formación teórica estaban, por ejemplo, los escritos filosóficos de Antonio Labriola, que leyó en la prisión de Odesa en una traducción francesa. El marxismo de Labriola, rico en tonos hegelianos, dialéctica y radicalmente antipositivista, contribuyó a alejar a Trotsky de la «sequedad» del socialismo de Plejanov.

Su conocimiento de Occidente y, particularmente, de los partidos de la Segunda Internacional, comenzó en 1902 con su primer exilio y su ingreso por voluntad de Lenin, en la redacción de «Iskra», la revista publicada en Suiza por el Partido Obrero Social Demócrata Ruso (POSDR). En ocasión del segundo congreso de la socialdemocracia rusa, realizado en Bruselas y Londres en 1903, Trotsky se opuso al «jacobinismo» de Lenin y se adhirió a la corriente menchevique. En realidad, su alianza con Martov no se basaba, más allá de una sólida amistad, sino sobre una oposición común a Lenin y a los bolcheviques, y sería puramente episódica. Dos años más tarde. Con el estallido de la primera Revolución Rusa, las causas profundas de la escisión aparecieron a plena luz y la adhesión de Trotsky al menchevismo acabó. En 1904, en Munich, el joven revolucionario se hizo amigo de otro intelectual ruso emigrado, Parvus (Alexander Israel Helphand), con el cual emprendió una colaboración muy fecunda. La influencia de éste sobre la formación del pensamiento de Trotsky fue decisiva. Judío rusoalemán, escritor brillante y ambicioso -empezó su carrera política en polémica contra el revisionismo de Bernstein y la acabará en pleno desprestigio tras colaborar con el ministerio prusiano de Relaciones Exteriores durante la Primera Guerra Mundial-, Parvus hizo comprender a su joven amigo la importancia de la categoría metodológica de la totalidad. Su cosmopolitismo y su visión de emigrados de la Sociedad rusa les empujaban a cambiar de observatorio, adoptando un punto de vista internacional global: si Rusia seguía siendo el centro de su análisis la abordaban, sin embargo, en el marco de una visión del capitalismo como sistema mundial. Occidente no era ya un modelo sino una realidad que penetraba, condicionaba y actuaba en el seno del mundo ruso. En esta interpretación el desarrollo del capitalismo aparecía como una sobredeterminación de la Europa occidental a través de la mediación del Estado zarista. De este modo, Rusia integraba elementos de la modernidad industrial en su estructura social arcaica. Ellos descubrían lo que Trotsky llamarla más tarde, no sin cierto determinismo cientificista, «la ley del desarrollo desigual y combinado» /11.

Gradas a esta nueva interpretación del ascenso del capitalismo en el imperio zarista, Trotsky llegó a una concepción de las fuerzas motrices y de la dinámica interna de la revolución que, superando las hipótesis de Parvus, rompía con los esquemas clásicos del marxismo de la Segunda Internacional -de todas las comentes de la misma- según los cuales la revolución rusa era necesaria y exclusivamente burguesa. Para Trotsky,

la estructura socioeconómica de Rusia colocaba al proletariado en una posición clave, impulsándolo a asumir la dirección del proceso revolucionario y dándole una orientación cada vez más anticapitalista. Primeramente enfrentado con los problemas típicos de una revolución burguesa en un régimen absolutista y premoderno, una agricultura semifeudal, un mosaico de naciones oprimidas-, el proletariado habría terminado por chocar con las bases mismas del sistema capitalista en Rusia: la revolución burguesa habría adquirido, sin ninguna solución de continuidad, un carácter socialista. Su extensión a escala europea -siguiendo el ejemplo de las revoluciones de 1848- habría permitido a la atrasada Rusia llevar a término una tarea que no podía cumplir contando sólo con sus propias fuerzas. El eslabón que unió las concepciones económicas de Parvus con la elaboración acabada de la teoría de la revolución permanente, -en *Balances y perspectivas*- fue la insurrección de 1905 en la cual Trotsky a la edad de 26 años, desempeñó un papel dirigente encabezando el Soviet de San Petersburgo. Los acontecimientos de 1905 de los cuales algunos años más tarde será el historiador /12, le permitieron verificar las potencialidades revolucionarias y el papel hegemónico de la clase obrera urbana con respecto al campesinado. Sin una participación activa de este último toda insurrección estaba condenada al fracaso -efectivamente, fue aplastada por un ejército compuesto por campesinos- pero también era simplemente inconcebible sin una dirección proletaria.

Basada sobre la visión del proletariado como fuerza motriz fundamental en la lucha contra el zarismo, la teoría de la revolución permanente excluía la «necesidad histórica» de una larga época de desarrollo del capitalismo. Aportaba pues, de cierto modo, la superación dialéctica (*Autnebung*) de la querrela clásica entre marxistas y populistas. Por una parte, situándose en el campo del marxismo. Trotsky veía en la clase obrera el sujeto de una transformación social de Rusia sin aceptar jamás la utopía populista de una «regeneración» del país a partir de las comunas campesinas; por otra parte, de acuerdo con Marx y los populistas, no sin escandalizar a los marxistas «ortodoxos» del POSDR, negaba que la revolución habría dado inicio a una nueva época de ascenso orgánico y lineal del capitalismo en Rusia. Pensaba, por el contrario, que una revolución habría permitido a su inmenso país evitar las «peripecias terribles» del capitalismo. La historia le daría razón pues en 1917 la clase obrera tomó el poder pero no podía ciertamente prever que Rusia se encontraría así enfrentada a otras «peripecias», burocráticas, igualmente terribles.

La teoría de la revolución permanente, una de las contribuciones más importantes de Trotsky al marxismo del siglo XX, conoció diferentes fases de elaboración. Originalmente, no abarcaba sino a Rusia. Solamente a la luz de los acontecimientos chinos de 1925-27 -el aplastamiento por el Kuomintang de un levantamiento obrero que había afectado a todas las principales ciudades del país, desde Shanghai hasta Cantón- fue concebida por primera vez como una perspectiva estratégica válida internacionalmente /13.

Es verdad que antes de 1917, esta enorme contribución teórica no tuvo en la práctica sino una influencia muy modesta. Pero habría que agregar también que el aislamiento organizativo de Trotsky (su voluntad de permanecer *au dessus de la mêlée* -por encima de las rencillas y de no identificarse con ninguna de las corrientes de la socialdemocracia rusa) fue la condición que le permitió alcanzar un nivel de autonomía intelectual sin la cual su teoría de la revolución permanente sin duda alguna, jamás habría podido nacer. El movimiento obrero europeo, ya dotado de organizaciones poderosas y tendientes a identificar sus conquistas con sus progresos electorales, no estaba listo para acoger las concepciones heréticas de un joven revolucionario exiliado. En el mismo momento, Rosa Luxemburgo escribía su estudio sobre la huelga de masas, que la colocaba en una posición análoga de *outsider* en el seno de la socialdemocracia alemana.

La crítica al marxismo de la Segunda Internacional

El mismo Trotsky no parecía tener plena conciencia de la ruptura teórica y metodológica que una obra como *Balance y perspectivas* marcaba en el marxismo de la Segunda Internacional. Desde el punto de vista organizativo esa ruptura se manifestó sólo en el momento de la guerra. Durante su segunda emigración, particularmente en la época de su permanencia en Viena (1907-1914), cuando vivía de su pluma, sobre todo escribiendo para el diario liberal "Kievskaja Misl", Trotsky colaboraba con las revistas más prestigiosas del marxismo alemán y austriaco, como la "Neue Zeit" de Kautsky y "Der Kampf" de Otto Bauer. Varios elementos indican que, antes de la guerra, Trotsky no había superado sino inconscientemente, es decir, sin tener una visión clara del alcance y de las consecuencias de su orientación, el horizonte teórico y político de la Segunda Internacional.

En Viena animaba con Adolf Joffe un pequeño periódico de emigrados, en el cual desarrollaba con toda independencia SU5 análisis sobre la situación rusa. Sin embargo, en lo que se refiere a la vida del movimiento obrero de Europa Occidental, sus referencias seguían siendo los grupos dirigentes de los grandes partidos socialdemócratas y no sus corrientes críticas, todavía minoritarias. En Alemania, por ejemplo, conocía mejor a Kautsky que a Rosa Luxemburgo. Mientras ésta tomaba abiertamente distancia de Kautsky -el «Papa» de la socialdemocracia- ya en 1909, Trotsky y Lenin sólo romperán con él en el momento de la guerra, después del fatídico 4 de agosto de 1914. En ocasión del III Congreso de la Internacional Comunista, en 1921, el jefe del Ejército Rojo afirmará que «la fe en la evolución automática es el rasgo más importante y más característico del oportunismo» /14. El marxismo de la Segunda Internacional se había formado en una época de desarrollo pacífico del capitalismo, entre la derrota de la Comuna de París y la Primera Guerra Mundial, y había quedado prisionero de la ilusión sobre el crecimiento ininterrumpido de las fuerzas productivas y sobre un ascenso irresistible de la socialdemocracia. En su opinión, el verdadero «tipo psicológico» del marxista no podía surgir sino en una época de conmociones sociales y de rupturas revolucionarias con la tradición. Sin embargo, esta apreciación de la escuela kautskiana, a la cual consagraría en 1919 un panfleto de rara violencia (*Terrorismo y comunismo*), antes de la guerra era aún muy confusa. Como reconocía en su autobiografía, para los revolucionarios rusos la socialdemocracia alemana había sido «la madre, la educadora, el modelo vivo. Idealizábamos a distancia. Los nombres de Bebel y de Kautsky eran pronunciados con veneración»/15.

Se podrían multiplicar los ejemplos. En *Balance y perspectivas* -una obra redactada bajo el impacto de la insurrección obrera de 1905- el joven Trotsky percibía en el aparato imponente de la social- democracia alemana un factor de conservadurismo y de parálisis para la autoorganización de los trabajadores. En 1911, en cambio, manifestaba su admiración por ese mismo partido, que ahora veía como «una magnífica fortaleza del proletariado». Evidentemente, no tenía todavía sino una vaga intuición del peligro que representaban las estructuras burocráticas, en el seno del movimiento obrero.

¿Cómo articular el papel de un partido de vanguardia y la autoemancipación de los trabajadores? El debate sobre ese tema se desarrolló en el seno de la socialdemocracia rusa, prácticamente a puertas cerradas, entre el Congreso de Londres y las jornadas sangrientas de enero de 1905. Lenin tendía a concebir la construcción de un partido centralizado como un proceso restringido a un grupo de intelectuales y de obreros revolucionarios, fuera del movimiento de masa de los trabajadores. Invertiendo esa perspectiva, Trotsky consideraba que el partido era esencialmente un producto de las movilizaciones espontáneas del proletariado; en su opinión no podía haber un partido de vanguardia sin una participación política activa del proletariado. Rechazaba la concepción de Kautsky y de Lenin según la cual la conciencia política era introducida en la clase obrera «desde el exterior» por el partido.

La conciencia de clase para él no era sino el producto de una interacción entre la iniciativa autónoma del proletariado y la intervención de los revolucionarios organizados. Por consiguiente, criticaba la concepción leninista de la organización en la que veía una tendencia centralista, «jacobina» y autoritaria consistente en *sustituir* el partido a la clase /16. En la misma época Rosa Luxemburgo criticaba a los bolcheviques desde un punto de vista análogo. En la primera formulación de su teoría de la revolución permanente justo después de la revolución de 1905, en la cual los soviets habían surgido espontáneamente como instrumentos de lucha y de autoemancipación del proletariado, que Trotsky no atribuía un papel decisivo al partido. La suerte de la revolución dependía sólo de la acción política independiente de los trabajadores.

Actualmente ese debate nos parece tan ajeno y lejano como una pieza arqueológica. La noción de pluralismo político del movimiento obrero estaba completamente ausente y toda la controversia giraba en torno a un solo tema: el partido. Sería, sin embargo, demasiado fácil hacer como hace una abundante literatura y cerrar los ojos a la *historia* para reducir todo el problema a una simple prefiguración del autoritarismo estalinista. En la Rusia de comienzos de siglo la construcción de un partido socialista coincidía con el proceso de formación del movimiento obrero. O, en otras palabras, la situación objetiva hacía que las diferencias sólo se manifiesta en el seno *del* partido /17.

Contra los peligros del centralismo, Trotsky proponía «la participación activa de todos los miembros en la vida del partido». El problema de las alianzas y del pluralismo político no se planteará claramente sino después de la Revolución Rusa, de las escisiones de los partidos socialdemócratas y de la creación de la Tercera Internacional. Si hay un aspecto en toda esta discusión que sigue siendo actual es la insistencia de Trotsky en la autoorganización de los trabajadores como condición irremplazable de su emancipación y también como la mejor garantía democrática en el seno de las organizaciones obreras y socialistas.

Es sabido que después de 1917 el jefe del Ejército Rojo hará una revisión autocrítica de sus antiguas posiciones sobre el partido, calificándolas de «conciliadoras». Reconocerá entonces que Lenin había tenido razón contra él, que sin el partido bolchevique el proletariado ruso jamás habría podido tomar el poder y que un partido de ese tipo era necesario al movimiento obrero europeo, para extender la revolución fuera de las fronteras de Rusia. El exapóstol de la espontaneidad revolucionaria y de la organización de los trabajadores se había transformado en un bolchevique de hierro, dedicado al culto del «partido», intransigente y «autoritario».

El viraje autoritario Trotsky en el poder

En octubre de 1917 Trotsky había alcanzado el apogeo de su gloria. Había dirigido la insurrección en Petrogrado se convirtió en jefe del Ejército Rojo, creado para defender la revolución contra el cerco de un mundo capitalista hostil y contra los ataques asesinos de los guardias blancos; se transformó también en una figura mítica para la clase obrera del mundo entero; el tren en el cual se desplazaba en las líneas del frente parecía rodeado de un aura legendaria. Pero la gloria y el poder abrían también una de las páginas más sombrías de la vida de Trotsky.

Entre 1919 Y 1921, en las condiciones de una guerra civil terrible y sangrienta, cuando los bolcheviques debían defender a cualquier precio la revolución, mostró su faz menos libertaria y menos democrática aprobó la ilegalización de todas las oposiciones externas al partido comunista, no solamente de las fuerzas antisoviéticas sino también de los anarquistas y de los mencheviques de izquierda (inclusive de su viejo amigo Martov) defendió la represión a los marinos de Kronstadt calificándolos de «contrarrevolucionarios» /18 en 1921, aprobó la prohibición de las fracciones en el

seno del partido bolchevique (prevista, hay que agregar, como medida previsoras); teorizó la «dictadura del partido» la militarización del trabajo y asumió la responsabilidad de «sovietizar» a la fuerza ciertas naciones no rusas como Georgia. Espantado ante el peligro de una burocratización de la sociedad que se perfilaba en Rusia tras el fin del «comunismo de guerra», creyó poder estrangular ese mal mediante medidas autoritarias y militaristas. Si el proceso de burocratización de la URSS se apoyaba sobre la pasividad de las masas obreras al terminar la guerra civil, la declinación de la organización proletarias que se desprendía de una situación socioeconómica literalmente catastrófica, no fue obstaculizada sino por el contrario acentuada por la política de los bolcheviques.

El error fundamental de Trotsky fue el de «hacer de necesidad virtud», teorizando como una especie de «ley» del periodo de transición lo que en realidad no era sino una política dolorosa impuesta por la situación presente. En diciembre de 1919, Trotsky preveía que el establecimiento de un régimen socialista habría exigido los esfuerzos de toda una generación, periodo durante el cual la transición debía ser asegurada «por medidas de carácter coercitivo, es decir, en último análisis, por la fuerza armada del Estado proletario» /19. En esa época comenzó a cundir la visión de Trotsky como Bonaparte ruso. En los carteles contrarrevolucionarios de los guardias blancos lo pintaban como un ogro de rasgos semitas que aplasta con sus patas el suelo ruso.

Ya en 1918 Rosa Luxemburgo había comprendido con gran lucidez los peligros que acechaban a la Revolución Rusa, que estaba siendo reemplazada por una dictadura del partido bolchevique. Ella se dirigía a Lenin y Trotsky en estos términos: «Sin elecciones generales, sin una ilimitada libertad de prensa y de reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida se marchita en todas las instituciones públicas vegetan, y la burocracia permanece como único elemento activo». El resultado de las medidas autoritarias de los bolcheviques era «ciertamente una dictadura, pero no la dictadura del proletariado sino la de un puñado de políticos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido de la hegemonía jacobina» /20. Al líder menchevique Raphael Abramovitch que le preguntaba en qué difería de la esclavitud egipcia el socialismo de los bolcheviques porque los faraones habían construido sus pirámides con métodos semejantes, Trotsky respondía con suficiencia y desprecio: bajo el régimen soviético incluso la esclavitud, explicaba, se justificaba pues era impuesta por «un gobierno de obreros y campesinos» /21.

Se puede notar al pesar de que, paradójicamente, los años terribles de la guerra civil también estuvieron marcados por una gran apertura cultural y artística. Bajo el «despotismo iluminado» del régimen soviético, enfrentado a la tarea de alfabetizar una nación de campesinos se asistía a toda clase de experimentación artística. Trotsky seguía de cerca y apoyaba el desarrollo de las corrientes de vanguardia. Su crítica al *Proletkult* no tenía nada represivo, rechazaba la idea de un arte oficial y alentaba todo esfuerzo creador. En esa época, fue uno de los primeros marxistas que observaron con interés el comienzo del psicoanálisis /22.

La superación de las tendencias autoritarias del bolchevismo fue bastante lento y no se logró sin rupturas se piensa que Trotsky defendía todavía la idea de una «dictadura del partido» en la plataforma de la oposición de 1927, cuando ya luchaba desde hacia cuatro años contra el ascenso del poder burocrático en el seno del partido comunista y del Estado soviético. Frente a la realidad del estalinismo, no solamente abandonó las tentaciones subsidiarias sino que también se pronunció abiertamente por un régimen de democracia obrera, fundada sobre el pluralismo de los partidos soviéticos. Eso prueba que la apología inaceptable del partido único que hace en *Terrorismo y comunismo* en polémica con Kautsky /23 no fue sino un paréntesis trágico porque la hacía un revolucionario que detentaba el poder - mientras que los elementos de

continuidad en la defensa de la democracia obrera, desde *Nuestras tareas políticas* (1904) hasta *El Programa de Transición* (1938) demuestran ser mucho más importantes.

El «autoritarismo» del jefe del Ejército Rojo, ha sido evocado a menudo para presentar su lucha contra el estalinismo como una lucha pura y simple por el poder. La historia soviética es así reducida a un enfrentamiento entre dos Bonapartes, Uno intelectual elocuente y refinado, el otro, campesino salvaje y violento, ambos aspirando solo al poder. Maquiavelo mal digerido por politólogos obtusos y sin imaginación. Habría que preguntarse entonces por qué, entre el Bonaparte que controlaba el ejército y el que dominaba el aparato del partido triunfó el segundo. Con un golpe militar Trotsky sin duda habría podido asumir el poder pero eso sólo habría acelerado la deriva autoritaria y burocrática que se esbozaba en el Estado y contra la cual dirigía su combate. No concebía la lucha contra el estalinismo como una lucha por el poder y aún menos como una lucha por su poder sino como una batalla en defensa del *Estado obrero*, contra el cáncer de la burocratización que lo roía interiormente.

En 1936, mientras una gran parte de la intelligentsia europea aprobaba los procesos de Moscú e idealizaba a la URSS considerándola la patria del socialismo, Trotsky exiliado en Noruega, escribía *La revolución traicionada* /24. En esta obra, considerada ya un clásico del pensamiento marxista, trataba de explicar el estalinismo, su naturaleza, sus causas y sus perspectiva históricas. A la luz de la Revolución Francesa interpretaba las luchas que habían desgarrado al partido bolchevique desde la mitad de los años veinte hasta la afirmación de Stalin como una especie de Termidor soviético. Así como el fin de la dictadura jacobina no había llevado a una restauración del antiguo régimen sino solamente a una contrarrevolución política sobre las bases sociales creadas por la insurrección de 1789, el estalinismo no implicaba un retorno al sistema capitalista sino el ascenso al poder de una capa burocrática conservadora en el marco del nuevo orden social establecido por la Revolución de Octubre. Para Trotsky, el Estado soviético, como sociedad de transición entre el capitalismo Y el socialismo, no era una formación social «acabada», dotada de características propias y correspondientes a una época dada como el feudalismo, el capitalismo, etcétera. Se presentaba más bien como un sistema socioeconómico híbrido que, nacido del derrumbe del capitalismo tenía, junto a los embriones de un orden socialista nuevo, todos los estigmas de su pasado capitalista y feudal. Un sistema social que tanto podía desarrollarse en el sentido del socialismo como retroceder hacia relaciones de producción burguesas.

Todas las formaciones sociales históricamente nuevas, repetía, habían sido precedidas por períodos de transición más o menos largos, marcados por la cohabitación híbrida Y conflictiva entre elementos pertenecientes a modos de producción diferentes. Después de todo, la transición desde el esclavismo de la Antigüedad hasta el Feudalismo había abarcado varios siglos.

El conflicto entre un modo de producción poscapitalistas (la planificación de la economía basada sobre la propiedad estatal de los medios de producción) y el mantenimiento de las normas burguesas de distribución (el mercado) daba las bases al Estado soviético. El motor de la una sociedad de transición -lo que el economista Preobrajensky definía «acumulación primitiva socialista»- residía precisamente en ese contraste entre el principio de la planificación y la ley del valor.

Según Trotsky, en Rusia, donde la revolución burguesa había sido totalmente expropiada y destruida como clase, no podía ser definida una forma de «capitalismo de Estado». Una restauración del capitalismo implicaba en su opinión una contrarrevolución social que la burocracia dominante no podía impulsar sin preparar al mismo tiempo su autodestrucción. Hasta que las formas de propiedad creadas por la revolución no hubiesen sido derribadas la sociedad soviética seguía siendo un «Estado obrero». Ahora bien, el estalinismo constituía una variante particular de Estado obrero, en el cual una capa de *apparatchiks* se había cristalizado en el poder

reemplazando a los soviets, que habían sido vaciados de toda representatividad real. Bertold Brecht había calificado a la URSS sometida a Stalin de «monarquía obrera»; Trotsky, sobre el cual las categorías del socialdarwinismo habían sin duda ejercido cierta influencia, prefería la definición de «Estado obrero degenerado» /25. Subrayaba las causas históricas que, en Rusia, habían permitido ese proceso de burocratización: el atraso económico global del país, en el cual los campesinos constituían la aplastante mayoría de la población; su atraso cultural, que obstaculizaba todo intento de autogobierno de los trabajadores; la reducción estructural del proletariado y la extinción virtual de una gran parte de la vanguardia obrera -la que había dirigido la revolución- durante el periodo de la guerra civil; su aislamiento casi total en un mundo dominado por el imperialismo y la derrota de la revolución en Europa entre 1918 y 1923.

Trotsky precisaba que la burocracia soviética no era sino una casta, al mismo tiempo que destacaba el carácter descriptivo y no «estrictamente científico»: de esta definición. A diferencia de las clases sociales que se constituyen a partir de su posición en el proceso de producción, la burocracia soviética no poseía su propio sistema social. No era sino una excrescencia parasitaria, surgida por una combinación de circunstancias históricas sobre la base de las relaciones sociales creadas por la revolución de 1917. Estaba condenada a no poder jamás transformarse en clase dominante porque tanto una restauración del capitalismo como un desarrollo de tipo socialista habrían eliminado sus bases sociales. Podía mantenerse en el poder solamente a condición de paralizar la sociedad de transición.

Hoy, tras el derrumbe del «socialismo real», podemos dar una mirada retrospectiva a la interpretación trotskista del estalinismo. Más allá de su lenguaje a veces arcaico, caricaturizado además por las exégesis escolásticas en las que a menudo se especializaron sus discípulos; las páginas que Trotsky dedicó a la burocratización de la URSS revelan una profundidad y una clarividencia estupefacientes. Mientras, hasta hace muy poco tiempo, una multitud de politólogos occidentales nos presentaba a la URSS como un universo totalitario inmóvil e inmutable. Trotsky había comprendido la fragilidad intrínseca del sistema, la precariedad y la debilidad de las bases sociales del poder burocrático, las contradicciones profundas que roían el desarrollo de la sociedad y que, más tarde o más temprano, aparecería a plena luz. Los tormentos de la transición actual hacia la economía de mercado -el retorno al capitalismo- prueban que la sociedad soviética era efectivamente poscapitalista. Por otra parte, Trotsky tenía razón al afirmar contra Bruno Rizzi y James Burnham, que el estalinismo no era la expresión de una formación social nueva -el «colectivismo» burocrático destinado a reemplazar al capitalismo sino que seguía siendo, a pesar de todo, un *paréntesis histórico* /26. El caos, el desorden económico, los conflictos sociales y a veces las guerras civiles locales que caracterizan actualmente a los estados de la ex URSS confirman también la previsión de Trotsky, según la cual el retorno al capitalismo no se ahorraría ni las lágrimas ni la sangre, que tal proceso de restauración social sería forzosamente doloroso y no podría desarrollarse como «un *film* reformista pasado al revés».

Lo que Trotsky no veía, en cambio, era la *regresión social* que el estalinismo representaba. Si su oposición a la dictadura del partido único, al culto de la personalidad y a la supresión de la democracia era radical -preconizaba la idea de una «revolución política» contra la burocracia en el poder- creía en cambio que la sociedad soviética seguía habitada por las «conquistas de Octubre». A pesar de sus críticas a los privilegios de la burocracia, a los criterios antidemocráticos y a los métodos represivos de la planificación (de la cual no podía conocer todo el carácter mortífero), no podía esconder su admiración por el enorme crecimiento de las fuerzas productivas asegurado desde 1928 por la industrialización intensiva de la economía y la colectivización rural. La revolución había sacudido a Rusia de su torpor secular y todas las transformaciones realizadas a consecuencia de ella parecían llevar la marca de un

innegable progreso histórico. Hoy, cuando ya no se mira al estalinismo como un fenómeno nuevo sino como un paisaje lleno de ruinas, el problema ineludible de su historización plantea una gran interrogante: el «socialismo real», con su cortejo de crímenes políticos, de daños sociales, de tragedias humanas, pero también de estupideces grotescas y cómicas. ¿No pertenece acaso a la barbarie moderna del siglo XX? El mito de los planes quinquenales y de la industrialización forzada, la catástrofe ecológica de Chernobyl, Uzbekistán arrasado por el monocultivo del algodón, la alienación urbana, el alcoholismo, el stajanovismo: ¿podemos aprehender esos fenómenos con la idea de un retomo al «yugo mongol», o no expresan más bien el versante estalinista de una modernidad radicalmente antihumanista -la misma que el Occidente conoce bajo sus formas capitalistas- que deberá tener en cuenta todo proyecto de liberación social? **27**

El fascismo: ¿retroceso histórico o barbarie moderna?

A partir de los años treinta Trotsky vio la amenaza concreta de una regresión social hacia una forma moderna de barbarie en el fascismo alemán. Fue uno de los pocos espíritus lúcidos frente a los peligros para Europa de una victoria del nacionalsocialismo en Alemania. Exiliado en Turquía y aislado en Prinkipo, cerca de Estambul, llamó a la unidad del movimiento obrero contra el nacionalismo hitleriano, denunciando tanto la pasividad de la socialdemocracia como el sectarismo del partido comunista, completamente engeguedado por su lucha contra el «socialfascismo». En sus escritos, que en ciertos momentos recuerdan las páginas más inspiradas del *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, de Marx, preveía lúcidamente las consecuencias de un ascenso al poder de ese movimiento nacionalista y rabiosamente antisemita compuesto de pequeños burgueses desclasados y radicalizados por la crisis económica /**28**. Esta «revolución nacional» habría destruido el movimiento obrero, suprimido la democracia, amordazado la prensa, sometido la cultura y las artes, rearmado el país y desencadenado una política exterior agresiva. A mediano plazo, eso habría llevado inevitablemente a una guerra contra la URSS. Para preservar su poder económico y sus beneficios, escribía Trotsky, el gran capital alemán estaba dispuesto a dejarse «expropiar» políticamente, dejando las instituciones en manos de una banda de *lumpen* históricos. En 1938 el revolucionario ruso exiliado preveía incluso que «una exacerbación de la reacción a escala mundial», o una nueva guerra, llevarían «con certeza al exterminio físico de los judíos» /**29**.

Aunque jamás consiguió desprenderse completamente de cierto enfoque filosófico determinista (como atestiguan sus *Cuadernos sobre la dialéctica* de 1935) /**30**, no concebía la historia como un proceso lineal sino más bien como un devenir tormentoso de la humanidad, constantemente marcado por rupturas, avances y retrocesos, guerras y revoluciones. En 1926 escribía que «La marcha del progreso no es rectilínea sino que es una curva rota, zigzagueante. A veces la cultura progresa, otras declina» /**31**.

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, cuando el planeta «conquistado por la técnica» se había ya transformado en «una abominable prisión», el peligro que amenazaba a la humanidad era el de una regresión social bajo la forma de una *barbarie moderna*. Una estabilización de Europa bajo el nacionalsocialismo, escribía en 1940, habría creado «un régimen de decadencia que significaría el crepúsculo de la civilización» /**32**: Auschwitz, Hiroshima, Vietnam, la amenaza de una guerra nuclear y de una catástrofe ecológica -todos ellos productos «auténticos» del siglo XX que Trotsky no llegó a conocer- prueban que su grito de alarma conserva hoy toda su actualidad /**33**.

Al observar desde México las convulsiones de una Europa dividida entre estalinismo y fascismo, Trotsky parecía volver a descubrir su alma libertaria. En esa época se encontró con el surrealismo y estableció una relación de auténtica amistad con André

Breton, Diego Rivera y Frida Kahlo. En 1938, cuando Stalin ejecutaba o enviaba a Siberia a los mejores escritores de Rusia, y Goebbels acababa de organizar en Munich una exposición tristemente célebre sobre el «arte degenerado». Trotsky y Breton lanzaban un Manifiesto que defendía con intransigencia un concepto radical de libertad y una visión libertaria del arte: «la independencia del arte-para la revolución: la revolución-para la liberación definitiva del arte» /34.

En sus esfuerzos por comprender los trastornos producidos en la primera mitad del siglo XX -las crisis que el capitalismo no pudo superar con la guerra, los primeros signos de rebelión de los pueblos coloniales, las revoluciones y las derrotas del movimiento obrero, los regímenes totalitarios simplemente inimaginables antes de 1914- Trotsky trataba de conservar la brújula de la razón en un mundo que estaba naufragando en la violencia y en el caos. Había roto con el fatalismo y el evolucionismo de la Segunda Internacional, pero su marxismo permanecía fuertemente ligado a una tradición racionalista. Era ciertamente un realista pero, como subrayó Ernest Mandel, un realista que había integrado «el sueño, el 'Principio-esperanza' en la realidad potencial" /35. Cuando en el siglo era medianoche la utopía concreta de una humanidad liberada de la opresión estaba encarnada, para él, en los pocos miles de militantes organizados en la Cuarta Internacional. Una verdadera apuesta pascaliana que pareció incomprendible a gran número de observadores e historiadores. En el fondo, apostaba a la razón crítica del marxismo y a las potencialidades libertadoras del proletariado. Era una apuesta humanista en el momento más sombrío del siglo XX.

Hoy, cuando la antiutopía neoliberal del «fin de la historia» parece borrar la esperanza en una sociedad libre e igualitaria, ¿qué queda de la obra de Trotsky? ¿Tiene aún sentido para los militantes, dejando de lado a los historiadores, leer los escritos del revolucionario ruso? Se podría responder que las claves que nos dan para aprehender nuestra época son mucho más; «operativas» que los análisis superficiales de una literatura abundante que hoy está de moda, ampliamente difundida por los medios de comunicación pero destinada a agotarse -como toda mercancía- al cabo de algunos meses. No creo que se pueda pensar un proyecto socialista para el siglo XXI partiendo de los paradigmas del leninismo y del trotskismo. Pero tenemos necesidad de Trotsky porque el socialismo no podrá renovarse si es cortado de su pasado y de su memoria, de la cual Trotsky representa una parte esencial e ineludible. Debemos volver a pensar la idea misma de socialismo y de revolución, exactamente como lo hizo Trotsky a comienzos del siglo, cuando chocó contra los dogmas del marxismo ruso y de la Segunda Internacional. En eso reside su herencia más preciosa y su actualidad. No se trata, hoy de combatir dogmas paralizantes sino de preparar nuevamente los fundamentos de un edificio que acaba de derrumbarse.

Notas

--1 Consúltese: Isaac Deutscher. *The Prophet Armed* (1879-1921) *The Prophet Unarmed* (1921-1929), *The Prophet Outcast* (1929-1940). Londres. Oxford University Press, 1954-1959. 1969. (*El profeta armado. El profeta desarmado y El profeta desterrado* en la traducción al español. Ed ERA, de las que existe una edición chilena reciente distribuida en el Estado español por Txalaparta)

--2 Joseph Roth: *Der Stummel Prophet*, Kiepenheuer& Witch, Colonia, 1956 (existe una versión castellana en editorial Montesinos de 1982 (ISBN: 8485859448 ISBN-13: 9788485859443)

--3 Boris Kagarlitsky. «Retour á Trotsky». *Quatrieme Intemationnale*, nº. 96. 1990. pág. 84. Sobre la recepción que tiene la herencia de Trotsky en la Rusia actual, ver los *Cahiers Léon Trotsky*. Nº. 48, 1992.

--4 León Trotsky *La mía vida*, Milán, Mondadori, 1976, pág. 326. (*Mi vida*, Juan Pablos, México 1973; Ed. Debate, Madrid, 2006)

- 5 Sobre Trotsky como escritor ver sobre todo a I. Deutscher. Trotsky, vol. 5. cap. 3 ("El revolucionario historiador») págs.299-349; y Norman Geras *Literature of Revolution*, Verso. 1986. págs. 217-267; (en castellano publicado como *Masa, partido y revolución- Expresión literaria y teórica marxista*, Barcelona, Ei Fontamara. 1980).
- 6 Consultase T. Shanin (comp.). *Late Marx and the Russian Road* Londres. Rutledge& Kegan Paul. 1984. (Publicada en castellano en Madrid, Ed. Revolución)
- 7 León Trotsky. *Historie de la révolution russe*. París, Seuil, 1967 vol. 1: *Historia de la Revolución Rusa*. Ed Coyoacán; la edición más reciente –y más cuidada- es la de Veintisiete Letras, Madrid, 2007).
- 8 Véase la autobiografía de Trotsky y también P. Broué. *Trotsky* París. Fayard. 1988. pág. 43. (Hay traducción al español según Guillermo, pero nos consta que todavía no es así)
- 9 Consultase: I. Deutscher *Essais sur le problème juif*, París, Payot, 1968. Ver también J. Nedava. *Trotsky and the Jews*. JPSA. Filadelfia. 1970.
- 10 León Trotsky. «León Tolstói». *Litterature et révolution*, Paris, 10/18,1977, Págs. 313-392 (en castellano, ver: www.kaosenlared.net/noticia/leon-tolstoy-versus-leon-trotsky)
- 11 Ver Michael Lowy. *Uneven and Combined Development. The Theory of Permanent Revolution*, Londres. Verso, 1961
- 12 Ver León Trotsky 1905, seguido por *Bilan et perspectives*. París. Editions de Minuit. 1969 (*Resultados y perspectivas*, Juan Pablos. México. 1979.)
- 13 Consúltase: León Trotsky, *On China*. Nueva York, Monad Press. 1976. (*La segunda revolución china*. Ed Pluma Bogotá...Buenos Aires. 1976.)
- 14 León Trotsky. *The First Five Years of the Communist International*. Pathfinder Press. Nueva York, 1972, vol. 1, pág. 211; (en castellano: Bogotá, Ed. Pluma, 1980.)
- 15 Citado por Pierre Broué. Pág 128.
- 16 Consultase: León Trotsky. *Nos taches politiques* Paris, Belfond. 1970. (*Nuestras tareas políticas*. México. Juan Pablos Editor.)
- 17 Ver a este respecto las luminosas observaciones de Norman Geras, pág. 214. Para una reconstrucción del debate en el seno del POSDR consultar Le Blanc, *Lenin and the Revolutionary Party*, Atlantic Highlands. Humanities Press, 1990.
- 18 Sobre este tema consúltase sobre todo Israel Getzler *La rivolta di Kronstadt* Einudi, Turin,1982, así como la polémica entre Trotsky y Victor Serge durante los años treinta en los textos escogidos (por Michael Dreyfus) bajo el título de *La lutte contra le stalinisme*. Paris, Maspero... 1977.
- 19 Citado por Pierre Broué. pág. 275.
- 20 Rosa Luxemburgo. «La révolution russe», *Oeuvres II*. París. Maspero. 1978, Págs 85; (en castellano: Buenos Aires. Ed. de la Rosa Blindada)
- 21 Citado por L Howe. *Trotsky*. Fontana/ Collins, Glasgow. 1978. págs 65-66.
- 22 Sobre la crítica al *Prolekult* y al psicoanálisis (particularmente su carta a Pavlov de 1923), consúltase *Literatura y Revolución*
- 23 Ver: León Trotsky. *Terrorisme et comunisme*. Paris 10/18. 1974. (*Terrorismo y comunismo*. México. Juan Pablos Editor; hay una edición castellana reciente en akal, Madrid, 2010.)
- 24 León Trotsky. *La revolución traicionada*, México, Juan Pablos Editor (la primera traducción al castellano de esta obras la realizó Juan Andrade tomando la versión francesa de Víctor Serge, y estaba prevista para las Ediciones Marxistas del POUM, pero los acontecimientos de mayo del 37 y todo lo que vino después, hizo tal empresa imposible; es bastante probable que sea la que utilizó Fontamara que añadió que había "revisada" por el propio Trotsky del que no sabemos que pudiera hacer tal cosa con sus primeros pasos del castellano en México)
- 25 El concepto de «degeneración» fue introducido en las ciencias sociales a fines del siglo XIX, por Cesare Lombroso y sobre todo por Max Nordau autor de *Entariung*.
- 26 A este respecto véase sobre todo León Trotsky, *En defensa del marxismo*. Las tesis esbozadas por Rizzi y Burham serán retomadas y desarrolladas después de la

guerra por el grupo francés de Socialisme ou Barbarie, también salido de la Cuarta Internacional (C. Castoriadis y Claude Lefort. N. del T.).

--27 Ver Alain Brossat *Le estalinisme entre histoire et mémoire*. La Tour d'Aigues, Editions de l'Aube. 1991.

--28 León Trotsky, *The Struggle Against Fascism in Germany* Nueva York. Pathfinder Press, 1970. (en castellano: Barcelona, Ed. Fontamara). Ver también L. Rapone. *Trockij e il fascismo*. Roma-Bari. Laterza, 1978.

--29 León. Trotsky. *Oeuvres* vol.19, Paris, EDI, 1984. págs. 272-279.

30 Ver, entre otros: J. Rees, "Trotsky and the Dialectic of History» *international Socialism*. 1991, págs.1 19-135.

--31 León Trotsky. «Radio, ciencia, técnica y sociedad, en *Literatura y revolución*, pág. 353.

--32 Citado por P. Broué. pág. 917.

--33 Glosando los escritos de Benjamin. Michael Lówy define a la revolución socialista no como «locomotora de la historia» sino más bien como el freno de seguridad, que detiene el curso infernal del tren hacia el abismo. Consultar: Michael Lowy, «Marxism and utopian vision», *On Changing the World Essays in political philosophy en Fom Karl Marx to Walter Benjamin*. AtlantiC Highlands, Humanities Press, 1993. pág. 22.

--34 León Trotsky, *Oeuvres* vol.18, págs. 209-210. Sobre Trotsky y Breton. ver Gérard Roche, «La renconlre de l'Aigle et du Lion». *Cahiers Léon Trotsky*, no. 25.1986. págs. 23-46.

--35 Ernest Mandel. *Trotzky als Altematíve*, Berlín. Dietz Verlag. 1992, pág. 235 (en español: Buenos Aires. ImagoMundi)

[La traducción de este trabajo apareció por primera vez en la revista mexicana Viento del Sur, efectuada a partir del original francés por Guillermo Almeyra, y editada como folleto en el número 2 de la revista Materials, por el Col-lectiu per una esquerra alternativa que, más tarde, sería uno de los componentes de Revolta Global. Del escaneado y de algunas revisiones ha sido responsable Pepe Gutiérrez-Álvarez].